

Un pintor autodidacta puede haber desarrollado un procedimiento genuino, aportado interesantes novedades estéticas, descubierto un enfoque inédito. Puede también haber acumulado una obra que le colma de satisfacción, le da razón de ser y le encumbra con cada cuadro ante si mismo. Pero es un ser humano y no puede evitar proyectarse en esos círculos sociales que distribuyen la gloria que mana inagotable de la eterna sucesión de grandezas humanas. Allí donde no quiso aprender, va en busca del certificado de haber cumplido con las exigencias de unos jurados que defienden el perímetro de lo artísticamente correcto. Un perímetro casi idéntico al que éstos accedieron en su día y del que cuidan con gran celo por tratarse del punto medio de la escala de esa manipulable balanza que les confiere autoridad. Pero el arte solo es un pretexto para los jurados. Tanta tradición, tanta semejanza, tanto charlatán, tanta presunción, tanto compromiso, tanto se concentra alrededor de esos círculos y perímetros que hasta ahora el autodidacta no ha conseguido pasar por el aro. Por eso su currículum es insignificante. Claro que ... las obras maestras no suelen estar certificadas con diplomas.